

MUÑECAS

No me imaginaba que acabaríamos así. Lo pensé hace pocos años, mientras recorría una juguetería de Londres. La escalera mecánica me había trasladado desde el bullicio multicolor de la planta baja, repleta de mullidos juguetes redondeados y de colores alegres, hasta el mundo de ensueño de la tercera planta. De pronto me sentía como si me hubieran colocado unas gafas de cristales rosas, pero el efecto resultaba estomagante. Todo era rosa, desde el rosa peladilla de Barbie al tono fresa de la Bella Durmiente de Disney, del rosa pastel de Baby Annabel al rosa chicle de Hello Kitty. Había un mostrador de manicura rosa donde las niñas pequeñas podían pintarse las uñas, un expositor “boutique” rosa con pendientes y collares, muñecas que venían dentro de una caja rosa con “dormitorios manicura” rosa y “salones de belleza” rosa.

A lo largo del tiempo muchas feministas han defendido la necesidad de animar a las niñas y los niños a jugar saltándose los límites impuestos por su sexo, argumentando que no había razones para confinar a las niñas en ese universo pastel. Pero la división entre el mundo rosa de las niñas y el mundo azul de los niños no solo sigue existiendo sino que, en esta generación, se está extremando más que nunca.

Ahora da la impresión de que las muñecas se escapan de las tiendas de juguetes e invaden la vida de las niñas. No solo se da

por hecho que las niñas juegan con muñecas: también se espera que se conviertan en réplicas de sus juguetes favoritos. La estética de purpurina rosa invade ya casi todos los ámbitos de la vida de una niña. La naturaleza transversal de las técnicas de marketing modernas hace que ahora cualquier niña pequeña puede sentarse en su casa a ver el DVD de *La Bella Durmiente* mientras juega con su muñeca de La Bella Durmiente, que lleva el mismo vestido, y vestirse también ella misma con una réplica refulgente del mismo traje. Después puede irse al colegio con un surtido de Bratz y Barbies por todas partes, desde las braguitas hasta los prendedores del pelo y la mochila, y al volver a casa puede mirarse en el espejo del tocador de las Princesas Disney. Las elaboradas estrategias de marketing de las marcas están consiguiendo fundir la muñeca y la niña real hasta un punto que hace una generación hubiera resultado inconcebible.

Esta extraña fusión puede prolongarse ya bien pasada la etapa infantil. Vivir una vida de muñeca parece haberse convertido en la aspiración de muchas jóvenes, que en cuanto salen de la infancia se embarcan en el proyecto de conquistar la imagen teñida, depilada y bronceada de una Bratz o una Barbie a base de arreglarse, ponerse a dieta e ir de compras. Los personajes de las comedias románticas que ven son mujeres que hacen que esa feminidad exagerada parezca apetecible, y las famosas que aparecen en las revistas de moda y cotilleos que leen suelen ser mujeres de las que se sabe que han optado por tomar medidas extremas, desde dietas draconianas a cirugía estética, para conseguir una perfección irreal.

La fusión de la mujer y la muñeca es a veces casi surrealista. Cuando las cantantes del grupo Girls Aloud lanzaron sus Barbies en 2005, era casi imposible, parafraseando a George Orwell, saber quién era qué. Tanto las mujeres reales como las de plástico

mostraban una perfección inquietante en la piel teñida, la firmeza del cuerpo y el brillo de nylon del pelo. En la versión británica de *Gran Hermano*, en la edición de 2007, entraron dos jóvenes gemelas vestidas con minifaldas rosa idénticas y el pelo oxigenado; según dijeron, era Barbie quien inspiraba sus vidas. La actriz y cantante Hilary Duff ha declarado que “cuando era más joven, estaba muy influida por Barbie. Ha sido una referencia para mis amigas y para mí. ¡Me encantan su estilo y su espíritu!”. Aun cuando la relación entre mujeres y muñecas no se manifieste de manera tan explícita, muchas de las mujeres que hoy en día se consideran modelos a imitar y viven bajo el escrutinio permanente de los focos, desde Paris Hilton a Victoria Beckham, han llevado tan lejos la artificialidad de su *look* que parecen fabricadas por Mattel.

Las feministas han criticado durante más de doscientos años el que las imágenes artificiales de la belleza femenina se establezcan como ideales a los que las mujeres deben aspirar. Desde la *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft en 1792, hasta *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir en 1949, *La mujer eunuco* de Germaine Greer en 1970 o *El mito de la belleza* de Naomi Wolf en 1991, muchas mujeres inteligentes e indignadas han exigido la transformación de esos ideales. Sin embargo, lejos de disolverse, los clichés se han vuelto más agobiantes y poderosos que nunca. De hecho, en gran parte de nuestra sociedad la imagen de la perfección femenina a la que se considera que las mujeres deben aspirar está cada vez más definida por el atractivo sexual. Por supuesto que resultar sexualmente atractivo siempre ha sido, y siempre será, un deseo natural tanto para los hombres como para las mujeres. Pero es una determinada visión de la sexualidad femenina la que se exalta en la publicidad, la música, la televisión, el cine y las revistas para esta generación. Y es una

imagen de la sexualidad femenina definida, más que nunca, por la industria del sexo.

Ahora se tiende a mostrar la sexualidad femenina a la limitada luz de los focos que iluminan a una joven exhibicionista delgada y de pechos enormes dando vueltas en ropa interior alrededor de una barra. Esta idea tan pobre de lo que significa ser sexy está relacionada con la influencia cada vez mayor de la industria del sexo, cuyo desplazamiento desde lo marginal hasta lo cotidiano en nuestra sociedad puede observarse en multitud de fenómenos: desde el inesperado resurgimiento de los posados en *topless*, que anima a muchas jóvenes a pensar que su mejor opción para alcanzar el éxito consiste en aparecer en tanga en alguna revista para hombres, hasta el súbito incremento del número de clubes de alterne y *striptease*, la moda de practicar distintos estilos de bailes eróticos o la popularidad de los libros de memorias de prostitutas, en los que se viene a decir que vender sexo es para las mujeres una forma estupenda de ganarse la vida. Y, sobre todo, en la presencia muchísimo mayor de la pornografía, a través de internet, en las vidas de mucha gente joven. Este último fenómeno ha influido en los periódicos, en las revistas, en la publicidad, en la televisión y en la música, que han empezado a participar de los valores estéticos del porno *soft*. Los mensajes y valores de la revitalizada industria del sexo han calado hondo en muchos hombres y mujeres jóvenes.

La asociación entre la feminidad y el atractivo sexual empieza muy pronto. No es ninguna novedad que las mujeres quieran ser sexualmente atractivas, pero sí lo es que hasta los juguetes infantiles tengan que resultar sexy. Aunque las feministas de los setenta deploraban la cinturita, los grandes pechos y los rasgos perfectos de Barbie, la muñeca también se vendía vestida de

piloto, de doctora o de astronauta, con el correspondiente equipo de complementos para cada uno de esos roles. El guardarropa de las muñecas Bratz, que han desplazado a Barbie en el trono de la muñeca más vendida, está diseñado para ir de discotecas y de compras y consiste en un surtido de plumas y medias de red, tops ombligueros y minifaldas. Las muñecas están tan maquilladas que parecen haber pasado por las manos del equipo de estilistas de *Gran Hermano*.

Cuando paseas por la sección de juguetes y te tropiezas con este ideal, que parece una meretriz desvergonzada, representado en un millar de figuritas que te hacen morritos desde las estanterías, te das cuenta de cuál es el verdadero cambio que ha sufrido la cultura destinada a las niñas. El adorno personal siempre se les ha presentado como una parte central de sus vidas, pero hoy en día están expuestas también a una auténtica avalancha de mensajes sobre la importancia de resultar sexualmente atractivas incluso de pequeñas. Esas muñecas son solo un fragmento de una cultura mucho más amplia en la que se anima a las mujeres jóvenes a ver el atractivo sexual como su principal pasaporte hacia el éxito.

Esta cultura tan sexualizada se valora a menudo muy positivamente como un símbolo de la liberación femenina y del acceso de las mujeres al poder. Es verdad que uno de los objetivos de los movimientos de emancipación de las mujeres en la década de 1970 era liberar a las mujeres de la moral sexual convencional que las había condenado a elegir entre la castidad idealizada y una promiscuidad que se consideraba deleznable. El hecho de que hoy en día las mujeres puedan ser sexualmente activas y experimentadas sin que se las condene por ello es el resultado directo de la segunda ola del feminismo. Y está claro que es algo que debemos celebrar. Pero resulta extraño que todas las facetas

de la actual cultura hipersexual se vean como demostraciones del creciente poder y la mayor libertad de las mujeres, de tal modo que el renacimiento de los posados en *topless* no es, para muchos de los que forman parte de esa industria, un indicador de la persistencia del sexismo, sino de la nueva seguridad que han adquirido las mujeres. El antiguo editor de una revista para hombres, por ejemplo, me dijo: “Son las mujeres las que están al frente. Todo ha cambiado [...] Creo que a la gente de mi edad le resulta muy chocante ver a las jóvenes mostrarse tan seguras sexualmente a edades tan tempranas”. Igualmente, se habla de la moda de ir a clases de *striptease* como si fuera algo liberador para las mujeres. La página web Pole Dancing Hen Weekends (en español, algo así como “fin de semana de baile erótico en la barra para chicas”) manifiesta que “las clases de baile erótico en la barra sirven para liberarte de las limitaciones de la vida cotidiana y sentirte dueña de ti misma”. Incluso ocupaciones tales como las de *stripper* o prostituta se rodean hoy a menudo de esta retórica pseudo-feminista. Una joven *stripper* citada en *The Times* en 2008 dijo: “Nunca he tenido un trabajo en el que me haya sentido más dueña de mí misma”. Y la actriz Billie Piper, protagonista de la adaptación televisiva de las memorias de “Belle de Jour”, una prostituta de Londres, dijo en una entrevista: “Cuando interpreto a Belle tengo que interpretar a una prostituta joven, sexualmente liberada y dueña de sí misma”.

Esto quiere decir que la expansión de la industria del sexo, en vez de ser considerada negativa para las mujeres, ahora se presenta como la culminación de las libertades a las que aspiraban las feministas. Como escribió una periodista en un artículo en el *Guardian*, en el que analizaba la normalización del consumo de pornografía: “En vez de esperar ansiosamente que se les conceda el derecho de ser vistas como seres humanos, las chicas

de hoy juegan con la idea anticuada de que las consideren objetos sexuales. No son malas noticias. En realidad, para mí este es el máximo ideal feminista”.

Esta equiparación del acceso al poder y la liberación con la deshumanización sexual se ve hoy por todas partes y tiene consecuencias reales en las expectativas de las mujeres jóvenes. Cuando entrevisté para este libro a varias mujeres que habían trabajado en la industria del sexo, descubrí que algunas habían sido seducidas por la idea de que ese trabajo podía servirles para sentirse personalmente más poderosas. Ellie es una mujer inteligente, con formación, que ha estudiado en colegios de elite y en una buena universidad, y ha sido educada en la convicción de que podía llegar a donde quisiera en cualquier profesión como el derecho, la medicina o la política. Por el contrario, decidió dedicarse a la interpretación pero, a los veintitantos años, cuando se vio económicamente al límite y ante la dificultad de encontrar trabajo, decidió tomar un atajo y dedicarse al *lap-dancing*, una forma de alterne en la que las chicas bailan provocativamente en las rodillas del cliente. Empezó a trabajar en un club de Londres, y al principio no le pareció que fuera muy difícil. Me contó que se había creído los mensajes que emite nuestra cultura, según los cuales el *lap-dancing* era algo bastante honesto e incluso hacía independientes y poderosas a las mujeres que lo practicaban. “Eso es lo que dice la gente, ¿no?”, me dijo pensativa cuando nos conocimos. “Está ese mito de que así las mujeres expresan libremente su sexualidad, y que como pueden ganar un montón de dinero, eso les da poder sobre los hombres que les pagan”.

Pero no fue eso lo que sucedió. Se sorprendió al descubrir hasta qué punto el trabajo le resultaba deshumanizador y degradante. En el contexto del club, las mujeres se convierten en

algo más parecido a una muñeca que a una persona. “El club tiene algo, las luces, el maquillaje, la ropa que usas, esos zapatos con plataformas enormes, el hecho de que haya tantas mujeres con las tetas de mentira”, me dijo. “Pareces un dibujo de cómic. Te pones un nombre falso, como una muñeca. Te hacen parecer una muñeca. No me extraña que los hombres no te vean como una persona”.

Aunque la idea del “poder” o “control” aparezca tan a menudo vinculada a esta cultura, se trata de una extraña distorsión del significado que el concepto tenía para el feminismo. En el pasado, cuando hablábamos de emancipación no estábamos pensando en una joven en tanga haciendo piruetas alrededor de una barra, sino en mujeres que intentaban conquistar la verdadera igualdad política y económica. Hacia finales del siglo XX, se vivía con verdadero optimismo la posibilidad de que ese poder estuviera al alcance de más mujeres que nunca, y de que las mujeres llegaran así a ser libres de desarrollar su verdadero potencial sin el lastre de la desigualdad.

Puede que suene extraño después de la desilusión política de la última década, pero en muchos ámbitos se creyó que los primeros años de la administración Blair en el Reino Unido y los de la administración Clinton en Estados Unidos ofrecían una nueva esperanza a las mujeres que querían acceder a los pasillos del poder. La feminista norteamericana Naomi Wolf escribió en 1993: “En 1992 se presentó un número récord de mujeres a las elecciones en Estados Unidos [...] El reequilibrio de géneros supuso un verdadero terremoto que reorientó las elecciones presidenciales”. Y, justo antes de las generales británicas de 1997, yo misma escribí en el *Observer*: “Si llegamos a ver un desplazamiento del seis por ciento a los laboristas, el número de diputadas podría doblarse [...] Seguiríamos sin llegar a la paridad, pero

no debemos subestimar lo que significaría. Veríamos el principio del derrumbe del club de caballeros, empezaríamos a ver una cultura política que responda a las prioridades de las mujeres [...] Esta inminente revolución del poder femenino no es un tema ante el que debemos mostrarnos escépticos”.

El cambio hacia una mayor igualdad en el ámbito político significaba que los argumentos feministas que durante mucho tiempo se habían considerado marginales aparecerían en muchos debates públicos. Durante los primeros cinco años de gobierno del Nuevo Laborismo, entraron en el debate político cuestiones como la necesidad de combatir los delitos contra las mujeres como la violencia doméstica y la violación de una forma más efectiva. Oímos también un gran número de discusiones sobre la necesidad de transformar el mundo laboral. El Nuevo Laborismo introdujo el salario mínimo, que afectaba en mucho más a las mujeres que a los hombres, y extendió los derechos a la baja maternal, la atención a los niños y el trabajo flexible. Durante esos primeros años el gobierno laborista multiplicó por dos la paga por maternidad, introdujo la baja por paternidad retribuida, las guarderías gratuitas a tiempo parcial para niños de tres y cuatro años; sus ministros discutían cómo podía impulsarse una revolución en los centros de trabajo. No solo éramos optimistas respecto a los cambios en la vida de las mujeres, sino también en cuanto a los cambios en la vida de los hombres. Cuando Tony Blair pasó dos semanas sin trabajar después del nacimiento de su cuarto hijo en 2000, se agradeció su actitud puesto que “cuando uno de los hombres más poderosos del mundo da un ejemplo de este tipo, el impacto en el entorno laboral y las bajas por paternidad es inmenso”.

En el contexto de este tipo de debates, me resultó sencillo sostener en mi primer libro, *The New Feminism* [El nuevo feminismo],

publicado a finales de la década de 1990, que aun cuando era posible que el movimiento feminista se hubiera aplacado, el feminismo había pasado a formar parte de la atmósfera que respirábamos. También me resultó fácil sostener, y estaba encantada de hacerlo, que las feministas ya podían concentrarse en lograr la igualdad política, social y económica. Antes, los argumentos feministas se habían centrado sobre todo en la vida privada: cómo hacían el amor las mujeres, cómo se vestían, a quién deseaban. Creía que solo teníamos que establecer las condiciones necesarias para la igualdad y entonces las reminiscencias del sexismo anticuado desaparecerían de nuestra cultura.

Hoy estoy dispuesta a admitir que me equivocaba por completo. Mientras muchas mujeres nos relajábamos y dábamos por ganadas la mayor parte de las discusiones sobre la igualdad, creyendo que ya no quedaban barreras importantes, las muñecas habían vuelto a la carga. La aparición de esta cultura hipersexual no significa que hayamos conquistado la igualdad; al contrario, es un fenómeno que refleja y acentúa los profundos desequilibrios de poder que se dan en nuestra sociedad. Sin un cambio económico y político profundo, lo que vemos cuando miramos a nuestro alrededor no es la igualdad que buscábamos; es una revolución estancada.

Puede que hombres y mujeres sigan luchando por la equidad tanto en sus hogares como en el trabajo, pero el impulso de cambio y el optimismo han desaparecido. La masculinidad sin fisuras de los políticos británicos es la señal de un fracaso más amplio en el intento de conseguir la igualdad de los sexos. Mientras que las elecciones de 1997 doblaron el número de mujeres en el Parlamento, de sesenta a ciento veinte de un total de seiscientos cuarenta y seis parlamentarios, el ritmo de este proceso de cambio se ha ido ralentizando hasta estancarse. Las

dos convocatorias electorales siguientes solo incorporaron a ocho parlamentarias, y en el parlamento escocés la proporción de mujeres incluso descendió, desde un cuarenta por ciento en 2003 hasta un treinta y cinco por ciento en 2009. El Nuevo Laborismo se fue asociando cada vez más a un sentimiento de desilusión en cuanto a la participación política de las mujeres. Durante el verano de 2009 varias ministras renunciaron a sus cargos, y una de ellas le reprochó amargamente al primer ministro su incapacidad para respaldar a las mujeres en el gobierno, declarando que había sido usada como una mera “decoración femenina para el escaparate”.

Del mismo modo que las mujeres no han llegado tan lejos como esperábamos en su recorrido por los pasillos del poder, los hombres tampoco han dado los pasos suficientes en el entorno doméstico, algo que entonces parecía esperable. Aunque abunda la retórica en torno al horario flexible y la responsabilidad familiar compartida, en 2009 los hombres solo tenían derecho a dos semanas de baja por paternidad, con una remuneración de ciento veintitrés libras esterlinas semanales. El proyecto de equiparar derechos en cuanto a las bajas por paternidad y maternidad mediante un sistema que permitiera que hombres y mujeres compartieran una baja de doce meses fue archivado por el gobierno debido a “la difícil coyuntura económica”. Viendo el contraste entre cómo se reconoce derecho de las mujeres a pasar tiempo en casa y cómo se les niega a los hombres, no debería sorprendernos que las mujeres sigan haciéndose cargo de la inmensa mayoría del trabajo doméstico. Según un estudio, incluso las mujeres que trabajan a tiempo completo emplean en las tareas domésticas veintitrés horas semanales, frente a las ocho horas de los hombres, mientras que las mujeres que trabajan a tiempo parcial asumen treinta y tres horas de trabajo doméstico

a la semana. Los autores del informe apuntaban que la carga de trabajo doméstico que aún recaía sobre sus hombros era lo que les impedía a las mujeres asumir los horarios más amplios que se exigen en los empleos mejor pagados.

Lo cierto es que, aunque las chicas siguen obteniendo tan buenos resultados como los chicos en todos los niveles educativos, el entorno laboral no ha experimentado los cambios que cabría esperar. Y aunque tanto los hombres como las mujeres con hijos pequeños tienen derecho a solicitar la jornada flexible, lo cierto es que para las mujeres la decisión de no trabajar a jornada completa implica una enorme penalización. Las diferencias salariales están en torno al diecisiete por ciento en el caso de las mujeres que trabajan a tiempo completo, pero alcanzan el treinta y cinco por ciento para las mujeres que trabajan a tiempo parcial. En otras palabras: por hora trabajada, una empleada media que trabaje a tiempo parcial gana solo dos terceras partes del salario de un empleado varón medio a tiempo completo. Y lo más preocupante es que hay indicios de que las diferencias salariales se están reduciendo a un ritmo más lento: en realidad, de 2007 a 2008 aumentaron. Según los resultados de un estudio realizado en 2007, la igualdad podría estar más lejos que nunca para las mujeres que ocupan cargos de alta dirección: “El estudio de Price Waterhouse Coopers muestra que en 2002 casi el cuarenta por ciento de los puestos directivos de las empresas incluidas en el índice bursátil FTSE 350 estaban ocupados por mujeres. Al repetir el estudio en 2007, el número de mujeres en puestos de alta dirección había descendido hasta suponer solo un veintidós por ciento”. Una ejecutiva intentó señalar cuál era el problema cuando en una entrevista le preguntaron qué motivos llevaban a tantas de sus colegas a abandonar. Aunque era posible que la gente entendiera en términos intelectuales la necesidad de plantear la

cuestión de la igualdad, “al final lo que cuenta es lo que les llega al corazón”.

¿Y qué es lo que nos llega al corazón? Ha llegado el momento de determinar los vínculos que existen entre los cambios culturales que hemos vivido en los diez últimos años y esta revolución estancada. A pesar de que las mujeres disfrutan de muchas más oportunidades que hace una generación, vemos resurgir el viejo sexismo bajo una apariencia nueva. Lejos de ampliar el potencial y la libertad de las mujeres, la nueva cultura hipersexual redefine el éxito femenino dentro del reducido marco del atractivo sexual.

Lo que es más, últimamente hemos visto que esta supuesta relación entre la exageración del encanto sexual y la independencia de las mujeres se acompaña de una sorprendente revitalización de la idea de que la feminidad tradicional responde a condicionantes biológicos, en vez de tratarse de una construcción social. Un nuevo interés por el determinismo biológico recorre la sociedad. En realidad, en muchos ámbitos se explica la asociación de las niñas con todo lo que sea rosa y brille, no como un fenómeno cultural susceptible de ser cuestionado, sino como una inevitable manifestación de la biología resistente al cambio. Ciertos neurobiólogos realizaron recientemente un experimento cuyos resultados, según aseguraron, indicaban que las niñas están biológicamente predispuestas a preferir el rosa. El experimento consistía en mostrar a hombres y mujeres unas parejas de rectángulos de distintos colores y pedirles que eligieran sus favoritos. Los investigadores descubrieron que las mujeres preferían los tonos rojizos en mayor medida que los hombres, y concluyeron su estudio sugiriendo que esta diferencia en las preferencias cromáticas podría explicarse por las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, que habrían

sido determinadas por las diferentes ocupaciones que desempeñaban hace mucho, mucho tiempo. Puesto que era más probable que las mujeres estuvieran recogiendo fruta que cazando a cielo abierto, aventuraron, la evolución habría dotado a las mujeres con una respuesta al rosa más entusiasta que la de los hombres.

Esta sugerencia fue recogida por gran parte de la prensa nacional británica de forma totalmente acrítica. “A los niños les gusta el azul y a las niñas el rosa. Lo llevamos en los genes”, fue el titular del artículo que publicó el periódico *Independent*. “Rosa si es niña y azul si es niño: todo se debe a la evolución” fue el titular del *Guardian*. El redactor de este diario vinculaba directamente los resultados del estudio con los accesorios de la niñez contemporánea: “Esta teoría respalda a las entusiastas de Barbie, frente a los ataques que ha sufrido la muñeca al considerarse ‘antifeminista’ el color rosa de sus vestidos y complementos”. Sin embargo, como destacaron un par de comentaristas, en el estudio no había nada que pudiera demostrar que esta inclinación al rosa estuviera impresa en los cerebros femeninos desde tiempo inmemorial y no fuera debida simplemente a la insistencia de la cultura que nos rodea.

Solo es un estudio pero, tanto por sus conclusiones como por la recepción de que fue objeto, sirve como ejemplo representativo de gran parte de las investigaciones contemporáneas sobre esta materia. En los últimos años se ha dado en multitud de disciplinas un frenesí investigador en lo que se refiere a las diferencias entre los sexos, desde la neurobiología hasta la lingüística o la psicología. Algunos de estos trabajos han girado en torno a la estructura y la actividad de los cerebros masculinos y femeninos, otros han estudiado los niveles hormonales, las diferencias en las aptitudes y logros intelectuales de hombres y mujeres o

su capacidad para la empatía, la crianza y los cuidados. Las conclusiones han sido variadas, pero los medios de comunicación y los escritores superventas recogen este tipo de investigaciones de un modo que refuerza constantemente la impresión de que las diferencias que observamos entre hombres y mujeres tienen que deberse a la biología.

Estas creencias han llegado a introducirse en gran parte de la cultura que rodea a nuestros hijos. El sistema educativo las reproduce a menudo sin reflexión crítica alguna, de modo que, por ejemplo, la página web de la Girls' Schools Association (Asociación de colegios femeninos) manifiesta que “las investigaciones sobre el desarrollo cerebral que se han realizado en la última década indican que las diferencias entre los sexos están tan relacionadas con la química y la estructura del cerebro como la educación de las niñas y los niños. La tendencia de las niñas a ser más contemplativas, colaboradoras, intuitivas y verbales, y de los niños a ser más activos físicamente, más agresivos y más independientes en el aprendizaje parece provenir del funcionamiento y desarrollo del cerebro”. Mientras padres y profesores asumen estas ideas, la industria juguetera las refuerza con avidez. Hace poco, un portavoz de Disney explicaba el éxito de la nueva marca Princesas Disney, que incluye muñecas, disfraces y accesorios, con estas palabras: “Creemos que para la gran mayoría de las niñas pequeñas poner en práctica la fantasía de ser una princesa es un deseo innato. Les gusta disfrazarse, representar ese papel. Es un deseo genético el que les guste el rosa, que les gusten los castillos y que quieran convertir a sus papás en príncipes”.

Este recurso a “la química y la estructura del cerebro” y al “deseo genético” como explicación del comportamiento femenino estereotipado no sirve solo para explicar cómo juegan y aprenden

las niñas, también se emplea para justificar las desigualdades que observamos en la vida adulta. Hay autores, como Simon Baron-Cohen, profesor de psicopatología evolutiva en la Universidad de Cambridge, que han escrito extensamente acerca de su convicción de que las diferencias entre los sexos en la vida adulta se pueden atribuir a la biología en la misma medida que a factores sociales. En su libro *La gran diferencia*, Simon Baron-Cohen argumenta que tener un “cerebro femenino” o un “cerebro masculino” no solo condiciona el comportamiento infantil, sino que influye también en la ocupación que eligen de adultos. Empieza contando anécdotas sobre la niña y el niño típicos, diciéndonos que la niña típica “es aficionada a las muñecas y los animalitos de juguete. Puede pasarse horas vistiendo y desvistiendo Barbies”. Después va más lejos, indicando que, en general, las mujeres adultas tienen también mayores habilidades sociales que los hombres, y que esto se ve reflejado en el tipo de ocupaciones que eligen. “Las personas que tienen cerebros femeninos son maravillosas como orientadoras, profesoras de primaria, enfermeras, cuidadoras, terapeutas, trabajadoras sociales, mediadoras, moderadoras o personal de recursos humanos [...] Las personas que tienen cerebros masculinos son estupendos científicos, ingenieros, mecánicos, técnicos, músicos, arquitectos, electricistas, fontaneros, taxonomistas, catalogadores, banqueros, fabricantes de herramientas, programadores o incluso juristas”.

Resulta sorprendente que las ocupaciones que Baron-Cohen y otros seguidores de la explicación biológica de las diferencias de género creen adecuadas para el cerebro femenino coincidan tanto con el machismo más anticuado como con las últimas investigaciones científicas. En realidad, si se analizan detalladamente las pruebas en que se apoya este tipo de determinismo

biológico, es difícil no ver que su popularidad debe tanto a la lacra de los antiguos estereotipos como a la bondad de los avances científicos. La ciencia se sitúa en ambos lados de este debate, a pesar de que los medios se apresuren a menudo a reflejar solo uno de ellos, dando por supuesto muchas veces que el determinismo biológico goza de consenso dentro del mundo académico. En realidad, muchos científicos están empezando a alzar la voz contra el recurso a las explicaciones biológicas para justificar la continuada división de género en nuestra sociedad. Si se prestara más atención a este desacuerdo, podríamos cuestionar no solo las diferencias aparentemente triviales entre los juguetes para niños y niñas, sino la existencia de desigualdades serias y permanentes en las vidas de los hombres y las mujeres adultos.

Creo que ha llegado el momento de cuestionar la feminidad exagerada que se presenta como modelo a las mujeres de esta generación, debatiendo a la vez el resurgir del determinismo biológico que nos dice que los genes y las hormonas nos conducen inexorablemente a asumir los roles sexuales tradicionales y la cultura claustrofóbica que les dice a las jóvenes que solo se harán valer si explotan su atractivo sexual. Desde luego, la decisión de adoptar cualquier aspecto de lo que podríamos llamar un comportamiento femenino estereotipado, sea hacer bizcochos o *striptease*, ponerse tacones o limpiar la casa, debe pertenecer al ámbito de las elecciones individuales para cualquier mujer. Sigo estando tan segura como siempre de que no es necesario apuntarse a ninguna versión adusta y políticamente correcta del feminismo para avanzar por el camino de la igualdad. Pero, en una sociedad caracterizada por la libertad y la igualdad, deberíamos buscar la verdadera libertad de elección. Por el contrario, en este preciso momento la retórica de la libre

elección enmascara la presión real a la que están sometidas las mujeres de esta generación. Vivimos en un mundo en el que los aspectos del comportamiento femenino que deberían ser libremente elegidos se convierten con frecuencia en una jaula para las mujeres jóvenes.

Soy consciente de que hay lugares a los que este libro no llega en su análisis de estos aspectos de las experiencias femeninas. He pasado una parte importante de los últimos años hablando con mujeres procedentes de ámbitos ajenos a los debates centrales del feminismo occidental. He viajado por Afganistán, Arabia Saudí e Irán para descubrir cómo ven sus derechos las mujeres en distintas partes del mundo, y en el Reino Unido he trabajado también con refugiadas extranjeras. Pero este libro no pretende adentrarse en ese terreno. En él no solo me mantengo dentro del ámbito de la cultura occidental, sino que me he centrado en el entorno heterosexual de mi país. Con esta elección no estoy de ningún modo queriendo decir que otras experiencias no sean igualmente válidas e importantes.

Por encima de todo, no es el momento de sucumbir al desánimo o a la inercia. Las feministas han conseguido ya crear una revolución pacífica en Occidente que les ha abierto a las mujeres multitud de puertas, ampliando sus oportunidades e insistiendo en su derecho a la educación, el empleo y la libre elección reproductiva. Ya hemos llegado muy lejos. Nuestras hijas no tienen por qué conformarse con una escalera mecánica que solo las lleve hasta la planta de las muñecas.